

## CAPITULO X.

## UN PASEO A BURNABA.

---

Esmirna, Setiembre 20 de 1850.

Era uno de aquellos dias hermosos y despejado del Sur; el cielo tenia un azul claro; el tiempo estaba caluroso, mas no opresivo. Todas estas circunstancias nos tentaban á aceptar la oferta del Pachá y del Cónsul, y hacer una expedicion á Burnabá.

A las tres de la tarde, y despues de un abundante "lunch," dejamos la cubierta del "Vulcano." Los botes pronto nos dejaron en tierra en la costa de Asia, y á pocos pasos llegamos á la puerta del consulado. Aquí nos aguardaban los caba-

llos del Pachá. Eran unos hermosos animales, ricamente enjaezados. Sus largas y anchas gualdrapas estaban bordadas de oro; los frenos y los estribos eran de un bronce dorado y reluciente. Estos últimos brillaban como trofeos de guerra. Montamos á caballo, rodeados de innumerables oficiales turcos y de una especie de guardias del Pachá, pasamos por las calles de Esmirna.

Con el fin de llegar á las alturas y á la campiña, nos vimos obligados á pasar por la ciudad Armenia. Todos los habitantes corrieron á las ventanas y á las puertas, y en las calles habia un cordon de nobles orientales, con sus hermosos semblantes y sus ojos ovalados, esperando con ansia la entrada de un príncipe asiático con sus costosos atavíos; mas, ¡oh presal! solo vieron á un par de miserables europeos vestidos con unos sacos de verano almidonados, coronados con unos sombreros que parecian mas bien unos cilindros, negro y cabalgando en los magníficos corceles de Alí.

Llegamos bien pronto á un punto muy bonito, y á ser cierta la historia, un lugar muy interesante, en la parte mas alta de Esmirna. Aquí, se nos dijo que era el feliz lugar adonde vió la luz el primogénito de las musas, el divino Homero, el primero que usó el lenguaje encantador de la poesía. Aun á ser falsa la tradicion, la in-

vencion es bonita, pues lugar alguno podia ser mas digno que este de esa honra. Altos platanares dan sombra á este hermoso lugar, formando arcos con sus tersas ramas, y coronas con sus infinitas y puntiagudas hojas á orillas de un pedazo cubierto con agua. Mas allá, en la orilla extrema de esta agua, se eleva hácia el cielo una floresta de cipreses tranquila, solemne y casi muerta; miéntras que, como símbolos de una época mas tardía en la historia, yacen esparcidas entre los árboles oscuros las tumbas, como espectros de los turcos. A través del rio está visible un puente pintado con colores brillantes. Se erigió especialmente para Esmirna, y es de gran importancia, pues miles y miles de camellos se cruzan constantemente, cargando los ricos productos del país á este emporio de Oriente. Pasamos por esta antigua fábrica, y entramos al cementerio del musulman.

Reinaba en este lugar una magestad peculiar y una tranquilidad que hacia impresion. Los altos cipreses—esos minaretes que existen, pero que, sin embargo, anuncian la muerte con su presencia—se hallaban en fila á iguales distancias los unos de los otros; entre ellos, enuéntranse innumerables tumbas, que consisten en unas lápidas

de piedra perpendiculares, en su mayor parte colocadas en línea recta.

Distínguense las tumbas de los hombres por unos turbantes que hay gravados en la parte alta de ellas; las de las mujeres no tienen este distintivo, pues la mujer, en Oriente, no hace un papel importante en la vida. Hállase colocado, ante muchas de las lápidas, una balaustrada baja de piedra, igual a la que, con frecuencia entre nosotros, hay en las montañas hechas de madera. Las tumbas mas nuevas están pintadas con unos colores brillantes, y en vez del turbante, échase de ver en ellas el fez ó gorra turca. En las lápidas de piedra, están gravados los nombres de los muertos, y un texto tomado del Corán.

Dos cosas de los turcos me agradaron; primero, jamas destruyen ó profanan con sus manos los sepulcros de sus antepasados, sino que dejan al tiempo que lo haga; y segundo, no meten los huesos de los muertos en estrechos y cerrados cajones, sino que los tienden en el seno de nuestra madre comun: la tierra.

Prefiero infinito los panteones turcos á los nuestros; hay mas pureza, sencillez y natural embeleso en ellos, que en los nuestros, adonde frecuentemente me inclino á creer que veo un monumento teatral-triunfal pagano en vez de un pan-

teon cristiano. Pero peor que todos, son los de los italianos, adonde los ricos se hallan separados de los pobres, un lugar vasto rodado de portales, está dedicado á los primeros, mientras que los pobres yacen en un lugar abierto: sus sepulcros solo se distinguen de los de los perros mediante una señal de madera con su numeracion; y si se desea saber el nombre ó título de alguno, es preciso ir al registro y buscar en el catalogo. En nuestra época materialista, pueden ocurrir cosas semejantes! El hombre se analiza como si fuese un autómeta; y familiarizándose de esta manera con su propia carne y sangre, pierde, como es natural, todo respeto á los huesos de los muertos. Nuestros antepasados conocian este sentimiento hermoso, que de por sí se enseña en los panteones turcos, y encontramos que era lo mismo en muchas partes de los distritos de las altas montañas.

Abandonamos la gran floresta de cipreses; montamos á caballo, y continuamos nuestro camino á Burnabá. Pasamos por un vecindario sumamente fructífero, con una vegetacion de lo mas abundante. Aquí podiamos creer fácilmente en las riquezas de los países turcos. Las uvas mas magníficas se entrelazaban en los salubres higueros. Los famosos y dulces melones de Esmirna crecian

entre las ricas espigas del trigo. Todo tiene el aspecto de la abundancia; sin embargo, podíamos ver que la madre Natura es la grande artista en medio de esta vegetacion espléndida.

Frecuentemente encontrábamos recuas de camellos y de mulas, cargadas con la fruta del país; y por todas partes, hasta donde podía alcanzar la vista, contemplábamos algo nuevo y encantador. Al descender á una ancha llanura, por la cual había unos cuantos árboles esparcidos, los guardas del Pachá, tan originalmente vestidos, comenzaron á rodearnos, armados de mosquetes y sables. Apretaban, mas y mas, el paso á sus caballos, alzando la voz con gritos salvajes. Nubes de polvo se alzaban de las pesuñas de sus caballos, los que, cruzándose entre sí con frecuencia, de cada lado del camino, presentaban el cuadro de un combate guerrero. Se ve bien cuando estos hijos de Oriente, de tez morena, con sus pintorescos trajes, se precipitan en sus fieros y diminutos corceles, en medio de esas nubes de polvo, por entre los árboles, el sable golpeándose, los mosquetes preparados para hacer fuego, con sus movimientos salvajes, y su clamor guerrero mas salvaje aún. ¡Cuánto lamentaba el que no pudiéramos hacer otro tanto con nuestros caballos de gran parada! Desgraciadamente a estos anima-

les de ostentacion, solo puede montárseles al estilo turco, al paso; y úsalos solo el Pachá en las grandes ocasiones, como cuando va en procesion á la mezquita. Poco cortesía al buen Ali, nos vimos obligados a ir la primera parte del camino á un paso de procesion imponente; de vez en cuando, dando unos saltos no muy elegantes; mas despues de haber puesto alguna prueba á nuestra paciencia, nos procuramos ayuda. Llegamos á un molino de papel, y asegurando á nuestra escolta de la manera la mas política, que estábamos ansiosos de tomar un cuidado especial de estos nobles animales, saltamos de nuestros caballos, y eligiendo otros mas lijeros de entre nuestro acompañamiento, nos pusimos al instante en camino, a gran placer nuestro, y á un paso mas acelerado. No podíamos haber manejado mejor el negocio; los turcos no parecian estar nada ofendidos. Y de esta manera, riéndonos y diciéndonos bromas, llegamos á Burnabá con un tren numeroso.

Esta elegante villeggiatura—retiro en el verano, de los turcos, y á la cual van las razas europeas, las mas diversas, á pasar las vacaciones de la estacion calurosa—yace en una montaña, y debido á sus encantadoras y hermosamente cultivados jardines, tiene un aspecto sumamente bello y

alegre. La comunidad es grande; pero es una lástima que la costumbre oriental de cercar todo con altas tapias, le evita á uno, al entrar á la ciudad, el ver los jardines ó las casas. En la parte turca, hay un bazar, el que, sin embargo, estaba muy sucio y era pequeño, de suerte que, lo que son las calles, nos ofrecian poco que nos interesase. Sin embargo, nos permitieron el que diésemos otro vistazo á la magnificencia y á las comodidades de los habitantes de esta tierra meridional. Hay una diferencia característica entre la gente oriental y la europea, y es que el habitante del Poniente desea hacer alarde de sus tesoros, abre sus jardines á la inspeccion pública, y se esfuerza de todos modos para que otros admiren sus posesiones. El oriental, al contrario, encierra y guarda sus tesoros con escrupuloso cuidado entre las cuatro murallas protectoras; se forma un paraíso dentro de ellas, y goza de él, en silencio, con la cervidumbre admitida; y, cuando mucho, permite que la fama hable de sus secretos y de conocidos portentos. De suerte que, en Oriente, todo posee el encanto de la novedad, miéntras que en Europa, la familiaridad produce hastío.

Mediante la bondad del cónsul general, nos fué permitido entrar al jardin de un rico banquero, llamado B....., nativo de Trieste. Este señor

nos recibió con cortesía en el umbral, y nos condujo á una especie de tienda de campaña encarnada, que estaba en el jardin, lo que nos dió una idea palpable del gusto exuberante en Oriente. El piso era de mármol, separado en dos compartimientos, una parte estando elevada. La pared, con divanes, se prolongaba al rededor de estos, abierta por innumerables ventanas, entre las cuales habia un candelabro fijado en el cerco dorado de unos espejos cóncavos; en el piso habia ricas alfombras; en la division mas baja del cuarto, un tazon de mármol hermosamente esculpido, y en el cual corrian once chorritos de agua con un murmullo delicioso; la agua que corria, formaba despues fuera del edificio un pequeño lago sombreado de árboles, los que estaban cercados por un grutesco y repleto de pescados dorados, conservándose una frescura encantadora en el pabellon.

Los jardines estaban plantados con naranjos y otras plantas pertenecientes á este clima. Despues de haberle andado todo, nos ofrecieron en el pabellon refrescos los mas deliciosos. Consistian en helados y las mentadas frutas cubiertas de limirna. Es costumbre en todas las oasas ofrecer estas cuando llegan de visita los extranjeros.

Despues de esto, fuimos á ver la casa de un

armenio, y desde su cuarto alto, gozamos de una vista soberbia del valle, de la ciudad y del golfo, Feliz el hombre que desde la ventana de su casa puede siempre ver un paisaje tan mágico! El jardín del armenio es excelente y lleno de sombra; pero el mas hermoso que vimos en este lugar encantador, fué el de Mr. W., un inglés rico, que era á la vez comerciante y banquero.

Al entrar al jardín, nos encontramos con una concurrencia elegante reunida frente á la casa rodeada de cipreses, y otras plantas. Causaba satisfaccion el ver á estas señoras y á esos caballeros cómo se entregaban al "dulce far niente" de esta espléndida tarde, mientras que de todos lados las flores exhalaban sus deliciosos perfumes; un perrito sacudia su brillante plumaje; los árboles elevaban sus soberbias crestas magestuosamente hasta lo infinito de la azulada cúpula del cielo; la hermosa casa con sus persianas, reunido todo esto en una silenciosa armonía, en ese suave éter meridional y ese puro crépusculo vespertino. Un espectáculo de esta clase, penetra al corazon del extranjero, y tiene por felices á aquellas gentes que viven en semejante paraíso.

La señora Ws. hija política del dueño, una mujer hermosa, aunque un poco gruesa, nos vino á encontrar con una espresion dulce y angelical, y

unas facciones simétricas y nos condujo al interior de la casa. Aquí reinaba, en este delicioso clima meridional, un lujo europeo. Echamos de ver que precidia un espíritu inglés por la confortale y esquisita disposicion del rico ajuar. Despues de una conversacion corriente, fuimos otra vez al jardín, el cual la señora Ws. bondadosamente nos dió la oportunidad de admirar. Desde uno de los terrados gozamos de una espléndida vista del valle y de las altas montañas, las que resplandecian mágicamente con la luz disolvente. Cuando entramos de nuevo, nos ofrecieron dulces otra vez, y el hijo del Sr. W., un individuo magro pequeño, y de presencia cómica, con una chaqueta blanca y sombrero del mismo color, se nos presentó; hacia un contraste notable con su robusta y hermosa consorte, la que estaba vestida de negro. Despues de que hubimos abandonado á este jardín, y atravesado por otros, pasamos algun rato mas con el Sr. W. y entonces montamos nuestros caballos y emprendimos la vuelta á casa.

Era de noche, pero una noche de aquellas que no puede pintar la fantasía de la gente del Norte. Solo podia gozarse de ella en las exuberantes costas del Asia Menor. La vóveda del cielo estaba infinitamente mas clara, no se apercibia un solo sonido; la tranquilidad reinaba en el

anchuroso mar, y cual un vencedor despues del caluroso y bullicioso dia, la luna llena se presentó magestuosa trás las grandes altaras de Esmirna. Las sombaras arrojaban unos relieves pronunciados; habia una ondulacion plateada por entre el follaje; el paisaje se cambió, como por la vara mágica de una hechicera.

Espoleamos á nuestros caballos y galopeamos hácia á la ciudad por entre la vaga y misteriosa luz de la luna; las tumbas de los turcos se desprendian como hileras de espectros entre los oscuros y tristes cipreses. A esto llegamos a la poblacion y pasamos por unas cuantas calles estrechas, y pronto nos vimos en la cubierta del caro "Vulcano," adonde despues de una cena gustosa, nos rejocigamos de nuevo con la divina vista del reluciente mar, los blancos y bien marcados minaretes las cúpulas, las grandes masas de casas, y las lejanas montañas.

## CAPITULO XI

### AL AVISTAR CORFU.

Nació la aurora; salió el sol esparciendo una tranquilidad profunda por los plateados mares y las altas montañas de la Albania; el vapor surcaba las olas con repidez, y avanzábamos con violencia, pasando por las islas Jónicas mas pequeñas, que se elevaban fuera del agua como lomos de monstruos marinos. A esto, contemplamos la punta extrema de la fértil isla de Corfu. Unas